

Una mano al firmamento

Diego Sebastián Zamudio Arenas¹⁷

En el instante en que Helios, hermano mayor de Selene, se acurruca en las cordilleras del occidente de Gea y su luminosidad rojiza distrae la atenta mirada del titán que todo lo ve. Nix, traviesa y caótica como ninguna, aprovecha la distracción del vigilante Urano para cubrir de oscuridad la tierra de hombres y dioses. Selene, quien reposa en el oriente, es abruptamente despertada por los gritos de una humanidad desprotegida de la luz y a merced de las tinieblas de la noche. Es por ello que, asciende poco a poco hasta alcanzar la cima de Urano y, llamando a sus hijas, las estrellas, ilumina el cielo y crea el firmamento. Así, su hermano, agotado por su incesante labor, podría descansar entre latitudes, mientras ella resguardaba los sueños de los hombres y los dioses.

En lo profundo de un bosque, olvidado por el hombre y por los dioses, vivía un pequeño niño, cuyo nombre e historia se perdieron en el tiempo. Tal vez, fue uno de esos poemas épi-

¹⁷ Estudiante de Derecho en la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia.
diego.zamudio@uptc.edu.co

cos que Homero no pudo cantar o un pergamino perdido en la destrucción de la Biblioteca de Alejandría.

Todas las noches, sin falta alguna, se sentaba justo al frente de la única ventana de su cabaña, casi parecía que sabía, con una precisión milimétrica, el lugar exacto para tener la mejor vista del firmamento. Luego, ansioso, levantaba su brazo en dirección a Urano y abría su mano intentando alcanzar a Selene y a sus hijas, con un deseo firme en sus ojos, casi parecía que les prometía algo. Después de su acto de esperanza, bajaba su brazo, miraba sus manos y las extendía alrededor de su propio cuerpo, mientras, tal vez, imaginaba que alguien más lo hacía.

Se le había prohibido salir de la cabaña. Un recuerdo tenue de una figura y unas palabras que proscibían su más anhelado y temido comportamiento. Nunca conoció el amor y su único recuerdo lo condenaba al encierro. No tenía nada más que eso, una cabaña y un recuerdo. Nunca había conocido el mundo más allá de la limitada versión de sus ojos escudillando en la seguridad de la ventana, y uno que otro agujero entre los muros.

Antes dormir, se preguntaba:

¿Cómo abandonar lo único que conocía? Su único recuerdo, su único refugio...

¿Y si allí afuera lo esperaba la figura de sus memorias para castigarlo por no obedecer?

¿Y si una vez afuera no podía regresar?

Las preguntas abundaban al igual que el miedo en su corazón. Estaba claro que su vida estaba en la cabaña, pero, existía un anhelo que, por un momento de la noche, justo cuando su mano apuntaba a lo más alto del mundo, borraba ese recuerdo y se apoderaba de él la idea de cumplir su promesa a Selene:

“Mírame, por favor, mírame porque voy brillar tanto como tú”